



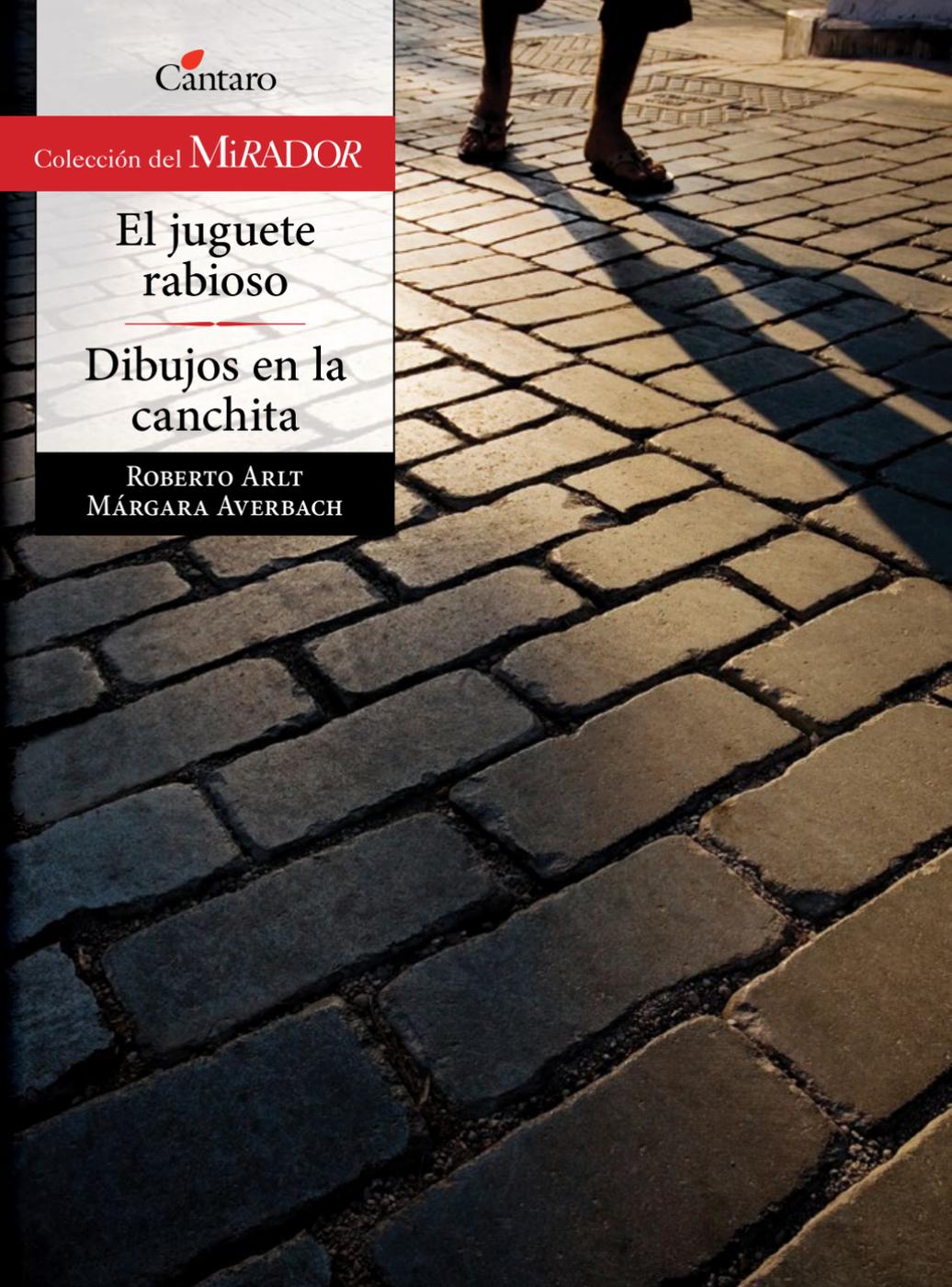
Cantaro

Colección del **MIRADOR**

El juguete rabioso

Dibujos en la
canchita

ROBERTO ARLT
MÁRGARA AVERBACH



Colección del **MIRADOR**

El juguete
rabioso

Dibujos en la
canchita

ROBERTO ARLT
MÁRGARA AVERBACH

Coordinadora del Área de Literatura: Laura Giussani

Editora y compiladora: Karina Echevarría

Secciones especiales: María Soledad Silvestre

Correctora: Amelia Rossi

Jefe del Departamento de Arte y Diseño: Lucas Frontera Schällibaum

Diagramación: Mariano Caccia

Gerente de Prerensa y Producción Editorial: Carlos Rodríguez

Imagen de tapa: Thinkstock

Arlt, Roberto

El juguete rabioso. Dibujos en la canchita / Roberto Arlt y Mágara
Averbach; compilado por Karina Echevarría. - 1a ed. 1a reimp. -
Boulogne: Cántaro, 2015.
240 p.; 19x14 cm. - (Del mirador; 242)

ISBN 978-950-753-372-3

1. Material Auxiliar para la Enseñanza. 2. Literatura . I. Averbach,
Mágara II. Echevarría, Karina, comp.
CDD 371.33

© Editorial Puerto de Palos S. A., 2013

Editorial Puerto de Palos S. A. forma parte del Grupo Macmillan.

Avda. Blanco Encalada 104, San Isidro, provincia de Buenos Aires, Argentina.

Internet: www.puertodepalos.com.ar

Queda hecho el depósito que dispone la Ley 11.723.

Impreso en la Argentina / Printed in Argentina

ISBN 978-950-753-372-3

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización y otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

**Puertas
de acceso**

Sobre mundos posibles

Todo relato de ficción implica la creación de un mundo posible. Un mundo que puede ser parecido o no a la realidad efectiva, pero que no deja de ser una construcción del discurso. Se trata de un universo alternativo, que se rige por sus propias leyes y no por los criterios habituales de verdad/falsedad con que interpretamos el mundo que nos rodea.

La lógica que rige este mundo posible es la del como si. Toda la materia discursiva (el narrador, los personajes, el espacio, los acontecimientos, etc.) se configura, de este modo, como si existiera más allá del discurso. Y el lector aceptará¹, al menos durante el tiempo que dure la lectura, las normas imperantes en ese mundo creado (aun cuando se trate de un universo puramente ficticio).

En el relato realista, delimitar las fronteras que separan la realidad de la ficción (esto es: diferenciar el mundo posible del

¹ Este contrato implícito que se establece entre el emisor del texto y el lector, los críticos lo denominan *pacto de lectura*.

objetivo) no es tarea sencilla. Porque la materia discursiva se presenta, de hecho, como una reproducción exacta de la realidad efectiva. Así, se crea la ilusión de que los sucesos narrados pueden ser reales. No solo probables o verosímiles², sino reales.

Por eso, muchas obras literarias que han representado, con objetividad, la realidad circundante a lo largo de la historia universal han generado simpáticas discusiones en torno a la factibilidad de los hechos narrados (¿existieron Romeo y Julieta, los amantes de Verona?, ¿y don Quijote de La Mancha o el Lazarillo de Tormes?). Y además han servido como materia de estudio a sociólogos e historiadores: más allá de que el mundo posible es una construcción discursiva, el relato realista nos cuenta cómo se vivía y pensaba (quizás) en determinado momento o circunstancia histórica.

Pero, aunque el realismo (como género o técnica narrativa) se ha cultivado desde épocas antiquísimas, como movimiento literario surgió en Europa —particularmente en Francia— a mediados del siglo XIX, como respuesta a las circunstancias sociales que habrían de cambiar el mundo occidental para siempre.

La burguesía se había consolidado como clase dominante, la industrialización y el crecimiento demográfico y urbano habían redefinido las relaciones sociales, y los movimientos obreros y proletarios, avalados por las teorías de Marx y Engels, comenzaban a hacerse sentir.

Y había más: crisis económica, desempleo, gobiernos autoritarios conservadores, clases aristocráticas empobrecidas. Y un desarrollo extraordinario de los medios de comunicación, avances científicos³ y tecnológicos.

² Que parecen verdad, aunque no lo sean.

³ En 1859, Darwin publica *El origen de las especies*, y, en 1863, Mendel da a conocer las leyes de la herencia.

El pensamiento positivista⁴, por otra parte, comenzaba a negar los planteos metafísicos y filosóficos que antaño preocupaban al hombre romántico. A diferencia de este, el hombre moderno no querrá escaparse de la realidad. Todo lo contrario: querrá mirarla de cerca. Retratarla. Dejar de lado la imaginación, el idealismo y los sentimientos (todo eso que era central para el hombre romántico) y ocuparse de cuestiones más urgentes.

El espíritu observador del escritor realista (Balzac, Stendhal, Flaubert, Dickens, Tolstói, Dostoievski, Pérez Galdós, Emilia Pardo Bazán; Zola, que lideraría la corriente naturalista⁵) intentó aprehender su realidad circundante para reflejarla del modo más objetivo y despersonalizado posible.

Una de las características esenciales del escritor realista era ser de su tiempo. Así, se retrataban temas cotidianos que se observaban todos los días: el ferrocarril, las fábricas, los cafés, los teatros. Y proliferaron las escenas costumbristas, que reflejaban los usos y costumbres de la sociedad.

Con la novela realista, a la vez que se revelaban las injusticias sociales se exaltaba el heroísmo de los desclasados que debían sobrevivir en un medio hostil. Lo que primaba era el individuo como ser social (en su relación con los otros hombres) por lo que predominaron los personajes-tipo, que son aquellos que encierran lo genérico (la vida de un obrero es la de todos los obreros). Los personajes se volvieron, así, testimonio de una época, de una clase social, de un oficio.

⁴ Centrado en los hechos positivos, aquellos que pueden ser sometidos a la comprobación por medio de la experiencia y que son captados por los sentidos.

⁵ En ella evoluciona el realismo: se intenta aplicar a la literatura los nuevos métodos científicos. No se trata solo de observar, sino también de experimentar. Las novelas naturalistas son fundamentalmente agnósticas, por lo que suele decirse que son una representación extremada, incluso desagradable, de la realidad.

Para representarlos del modo más genuino, los escritores realistas usaron diversos registros y variedades lingüísticas. Porque el campesino, el burgués, el proletario, el extranjero, la mujer no usan los mismos giros y expresiones, no organizan su discurso de la misma forma ni atienden en el mismo grado a las normas gramaticales de turno.

El extraordinario desarrollo de la prensa fue de capital importancia para la difusión de esta corriente literaria: muchas obras se distribuyeron en forma de folletín, el género popular por antonomasia. Novelas por entregas a precios accesibles; para que el obrero, el campesino, el proletario pudieran verse a sí mismos, reflejados, en ese mundo posible que se asemejaba tanto a su realidad circundante.

Acerca de una ciudad

Se dice que el realismo llegó a la Argentina antes de tiempo. Que surgió en pleno Romanticismo cuando Echeverría, en un intento de contar la desgracia de un héroe unitario, terminó plasmando una estampa realista de los bajos fondos porteños. En efecto, cuando escribió *El matadero* (aunque se publicaría 30 años después), Balzac apenas estaba empezando a ser conocido en Europa, y Flaubert ni siquiera había comenzado su *Madame Bovary*.

Al llegar la influencia europea a fines del siglo XIX y principios del siglo XX, América Latina comenzaba a ocupar un lugar en el mundo moderno: proveía de materia prima a las potencias industriales y compraba artículos de consumo que llegaban desde el otro lado del océano. Aun cuando la mayoría de los países se

habían emancipado del dominio colonial, la dependencia (ahora económica) seguía a la orden del día.

Los centros urbanos crecieron desafortunadamente (Buenos Aires fue el ejemplo más emblemático), y la estructura social se complejizó como en Europa: emergió la clase media y el proletariado.

La consolidación de los aparatos institucionales, las leyes de Educación Pública y de Propiedad Intelectual, la regularización de la prensa, la producción editorial de revistas literarias, la noticia de la Revolución mexicana (1910) y de la Primera Guerra Mundial (1914-1918), los grandes flujos migratorios⁶, la difusión del anarquismo fueron determinantes en la formación de un nuevo imaginario social. Así, el espíritu de reflexión se renovó en los escritores hispanoamericanos, y se cultivaron nuevas tendencias estéticas.

Y en este contexto emergió la noción de realismo. Aparecieron las primeras novelas de ciudad, que funcionaron como respuesta a la modernización social. Las urbes se habían convertido en un centro de atracción, y, a la vez, era necesario fijar los mapas urbanos. Explorarlas para conocerlas y, también, para darlas a conocer.

Entre 1920 y 1930, Buenos Aires ya era una ciudad cosmopolita donde convivía una población con diversas lenguas, orígenes y culturas. Los inmigrantes comenzaban a penetrar en los espacios que, hasta entonces, habían estado reservados a la élite: en los campos artístico, intelectual y político empezaron a coexistir las formas cultas con las populares, el vocabulario refinado con el grotesco, la prosa cuidada con otra más espontánea y libre de correcciones.

⁶ Karl Arlt y Ekatherine Lostraititzer (padres de Roberto Arlt) fueron parte de aquellos inmigrantes que llegaron con la esperanza de cambiar su destino en América.

El juguete
rabioso

ROBERTO ARLT

I. LOS LADRONES

Cuando tenía catorce años me inició en los deleites y afanes de la literatura bandoleresca un viejo zapatero andaluz que tenía su comercio de remendón junto a una ferretería de fachada verde y blanca, en el zaguán de una casa antigua en la calle Rivadavia entre Sud América y Bolivia.

Decoraban el frente del cuchitril las policromas carátulas de los cuadernillos que narraban las aventuras de Montbars el Pirata¹ y de Wenongo el Mohicano². Nosotros los muchachos al salir de la escuela nos deleitábamos observando los cromos que colgaban en la puerta, descoloridos por el sol.

A veces entrábamos a comprarle medio paquete de cigarrillos Barrilete³, y el hombre renegaba de tener que dejar el banquillo para mercar con nosotros.

¹ Bucanero francés muy violento (“el exterminador”) que inspiró muchísimas historias.

² Probablemente se refiera a una colección sobre famosos jefes indios, en la que se publicaron varias aventuras del héroe mohicano.

³ Marca de cigarrillos lanzada por la fábrica argentina de Rodríguez y D’Amico: el paquete valía diez centavos y era muy común que lo vendieran por mitades.

Era cargado de espaldas, carisumido⁴ y barbudo, y por añadidura algo cojo, una cojera extraña, el pie redondo como el casco de una mula con el talón vuelto hacia afuera.

Cada vez que le veía recordaba este proverbio, que mi madre acostumbraba a decir: “Guárdate de los señalados de Dios”.

Solía echar algunos parrafitos conmigo, y en tanto escogía un descalabrado botín entre el revoltijo de hormas y rollos de cuero, me iniciaba con amarguras de fracasado en el conocimiento de los bandidos más famosos en las tierras de España, o me hacía la apología de un parroquiano rumboso a quien lustraba el calzado y que le favorecía con veinte centavos de propina.

Como era codicioso sonreía al evocar al cliente, y la sórdida sonrisa que no acertaba a hincharle los carrillos arrugábale el labio sobre sus negruzcos dientes.

Cobrome simpatía a pesar de ser un cascarrabias y por algunos cinco centavos de interés me alquilaba sus libracos adquiridos en largas suscripciones.

Así, entregándome la historia de la vida de Diego Corrientes⁵, decía:

—Ezte chaval, hijo... ¡qué chaval!... era ma lindo que una rroza y lo mataron lo miguelete...

Temblaba de inflexiones broncas la voz del menestral:

—Ma lindo que una rroza... zi er tené mala zombra...

Recapacitaba luego:

—Figúrate tú... daba ar pobre lo que quitaba ar rico... tenía mujé en toos los cortijos... si era ma lindo que una rroza...

En la mansarda⁶, apestando con olores de engrudo y de cuero, su voz despertaba un ensueño con montes reverdecidos.

⁴ Contracción de *cara sumida*; es decir: hundida, achatada.

⁵ Bandolero español del siglo XVIII, que era muy generoso con los pobres.

⁶ Hay un error: el término refiere a una buhardilla, pero el zapatero trabajaba en un zaguán.

En las quebradas había zambras gitanas... todo un país montañero y rijoso aparecía ante mis ojos llamado por la evocación.

—Si era ma lindo que una rroza —y el cojo desfogaba su tristeza reblandeciendo la suela a martillazos encima de una plancha de hierro que apoyaba en las rodillas.

Después, encogiéndose de hombros como si desechara una idea inoportuna, escupía por el colmillo a un rincón, afilando con movimientos rápidos la lezna en la piedra.

Más tarde agregaba:

—Verá tú qué parte ma linda cuando lleguez a doña Inezita y ar ventorro der tío Pezuña —y observando que me llevaba el libro me gritaba a modo de advertencia:

—Cuidarlo, niño, que dineroz cuesta —y tornando a sus menesteres inclinaba la cabeza cubierta hasta las orejas de una gorra color ratón, hurgaba con los dedos mugrientos de cola en una caja, y llenándose la boca de clavillos continuaba haciendo con el martillo toc... toc... toc... toc...

Dicha literatura, que yo devoraba en las “entregas” numerosas, era la historia de José María⁷, el Rayo de Andalucía, o las aventuras de don Jaime el Barbudo⁸ y otros perillanes más o menos auténticos y pintorescos en los cromos que los representaban de esta forma:

Caballeros en potros estupendamente enjaezados, con renegridas chuletas en el sonrosado rostro, cubierta la colilla torera por un cordobés de siete reflejos y trabuco naranjero en el arzón. Por lo general ofrecían con magnánimo gesto una bolsa amarilla

⁷ Bandolero andaluz, también conocido como “el tempranillo”.

⁸ Bandolero español que apoyó la proclamación de Fernando VII como rey absoluto y entonces fue considerado un héroe. Sin embargo, a pesar de que se le había prometido el indulto por sus fechorías del pasado, fue traicionado y condenado a la horca en 1824.

de dinero a una viuda con un infante en los brazos, detenida al pie de un altozano verde.

Entonces yo soñaba con ser bandido y estrangular corregidores libidinosos; enderezaría entuertos, protegería a las viudas y me amarían singulares doncellas⁹.

Necesitaba un camarada en las aventuras de la primera edad, y este fue Enrique Irzubeta.

Era el tal un pelafustán¹⁰ a quien siempre oí llamar por el edificante apodo de “el falsificador”.

He aquí cómo se establece una reputación y cómo el prestigio secunda al principiante en el laudable arte de embaucar al profano.

Enrique tenía catorce años cuando engañó al fabricante de una fábrica de caramelos¹¹, lo que es una evidente prueba de que los dioses habían trazado cuál sería en el futuro el destino del amigo Enrique. Pero como los dioses son arteros de corazón, no me sorprende al escribir mis memorias enterarme de que Enrique se hospeda en uno de esos hoteles que el Estado dispone para los audaces y bribones.

La verdad es esta:

Cierto fabricante, para estimular la venta de sus productos, inició un concurso con opción a premios destinados a aquellos que presentaran una colección de banderas de las cuales se encontraba un ejemplar en la envoltura interior de cada caramelo.

⁹ Expresión que encuentra eco en el personaje cervantino don Quijote de la Mancha: “desfacedor de agravios, enderezador de entuertos, el amparo de las doncellas, el asombro de los gigantes y el vencedor de las batallas”, cuyo idealismo finalmente fracasa, por lo que esta alusión podría estar anticipando lo que ocurrirá con Astier.

¹⁰ Persona insignificante o mediocre, sin posición social o económica.

¹¹ Hay un error de léxico. Arlt seguramente quiere referirse al propietario de una fábrica de caramelos (a la persona que fabrica caramelos y no a quien fabrica una fábrica, expresión que además resulta absurda).

Estribaba la dificultad (dado que escaseaba sobremanera) en hallar la bandera de Nicaragua.

Estos certámenes absurdos, como se sabe, apasionan a los muchachos, que cobijados por un interés común, computan todos los días el resultado de esos trabajos y la marcha de sus pacientes indagaciones.

Entonces Enrique prometió a sus compañeros de barrio, ciertos aprendices de una carpintería y los hijos del tambero, que él falsificaría la bandera de Nicaragua siempre que uno de ellos se la facilitara.

El muchacho dudaba... vacilaba conociendo la reputación de Irzubeta, mas Enrique magnánimamente ofreció en rehenes dos volúmenes de la Historia de Francia, escrita por M. Guizot¹², para que no se pusiera en tela de juicio su probidad.

Así quedó cerrado el trato en la vereda de la calle, una calle sin salida, con faroles pintados de verde en las esquinas, con pocas casas y largas tapias de ladrillo. En distantes bardales reposaba la celeste curva del cielo, y solo entristecía la calleja el monótono rumor de una sierra sinfín o el mugido de las vacas en el tambo.

Más tarde supe que Enrique, usando tinta china y sangre, reprodujo la bandera de Nicaragua tan hábilmente, que el original no se distinguía de la copia.

Días después Irzubeta lucía un flamante fusil de aire comprimido que vendió a un ropavejero de la calle Reconquista. Esto sucedía por los tiempos en que el esforzado Bonnot y el valerosísimo Valet¹³ aterrorizaban a París.

¹² La colección completa, publicada por José Espasa Editor en el siglo XIX, constaba de siete volúmenes.

¹³ Eran conocidos como los “bandidos trágicos” y conformaron una banda de atracadores anarquistas (“la banda de Bonnot”) que amenazó la continuidad de la República Francesa a principios del siglo XIX.

ÍNDICE

Puertas de acceso	3
Sobre mundos posibles	5
Acerca de una ciudad	8
Como un <i>cross</i> a la mandíbula	12
Nuevas realidades, nuevos relatos	14
La obra	
<i>El juguete rabioso</i>	17
I. Los ladrones	19
II. Los trabajos y los días	63
III. El juguete rabioso	101
IV. Judas Iscariote	137
“Dibujos en la canchita”	185
Bibliografía	231